

Mi padre solía contarme historias sobre un mundo ya desaparecido cuyos añiles y toues esmeralda eran un precioso don para los habitantes que poblaban sus tierras.

Sin embargo, y de manera sorprendente, estos hombres nunca se ponían de acuerdo en nada. Discutían sin cesar las leyes de aquí y de allá, esta cuestión o la otra, y se peleaban por eso; con frecuencia se decían cosas muy feas los unos a los otros.

A pesar de que la Tierra les advertía de lo que podía sucederles si no se calmaban, ellos nunca la escuchaban. La pobre Tierra formaba ríos con su llanto y, a veces, su furia era tan grande que desataba a los incontenibles volcanes...



Los horribles de guerras eternas se acercaban galopantes blandiendo sus espadas afiladas.

Sin importarle a los hombres nada de lo que empezaba a suceder, llegó el día en que los pobladores del Este decidieron que los que habitaban en el Oeste debían desaparecer de la tierra, y comenzaron así una lucha feroz donde el odio era quien guiaba a las tropas envilecidas de uno y otro confín.



Las mujeres suspiraban y lloraban por ver a sus hijos muertos, tan pequeños e indefensos. Día tras día, esperaban derrotadas el regreso de sus esposos, de sus padres y hermanos, pero ellos dejaban sus vidas por una batalla que nadie entendía.

Los años iban pasando sin esperanza.

Por aquí y por allí, sólo se escuchaban ruidos de armas, gritos de dolor. Desesperación y fatalidad...



Parecía que el mundo iba a estallar de pena; pero a pesar de la desolación había hombres sensatos en los dos bandos que intentaban sembrar la paz. Eran muchos los obstáculos que debían vencer, puesto que la semilla del odio estaba fuertemente arraigada y crecía cada vez más.

Estos valerosos hombres hablaban con sus compañeros, pero éstos no los escuchaban. Algunos los ignoraban y otros iban más allá, amenazándolos con denunciarlos ante los superiores. Era tal el peligro que corrían que podían morir decapitados, fusilados y quemados. Pero ningún peligro les asustaba, salvo uno: el peligro de que la Tierra fuera destruida para siempre. Así que idearon un plan



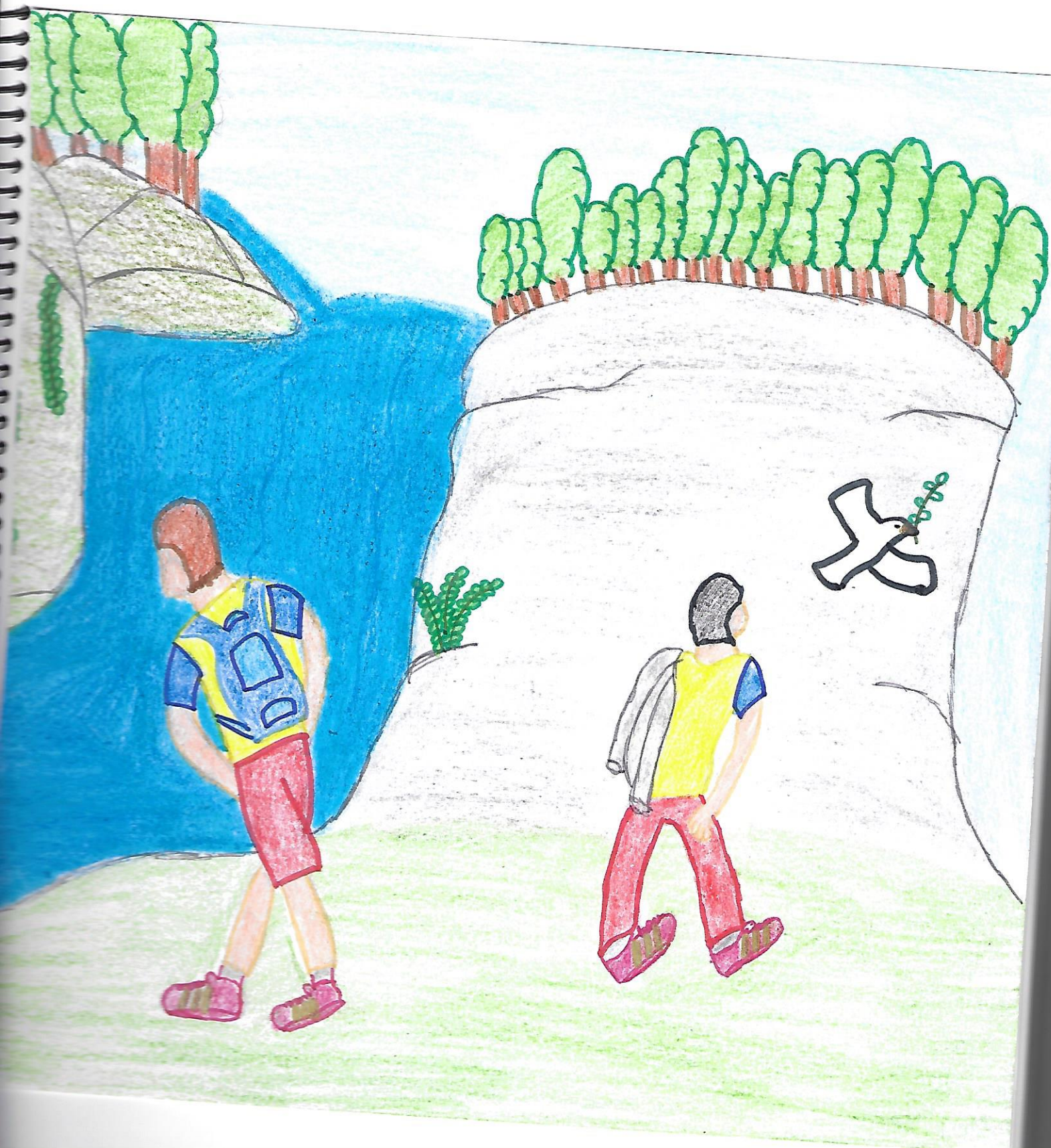


De forma clandestina, los hombres de paz de uno y otro bando decidieron reunirse en las márgenes de un río, descubriendo un lugar inhóspito y desconocido que ellos mismos llamaron «El lugar de la Paz». El lugar era tan inaccesible que lo hallaron por casualidad. Cansados de recorrer decenas de millas, sin apenas agua y alimento, llegaron a un paraje en el que el ruido ensordecedor de una enorme cascada retumbaba en sus oídos. Uno de los soldados apreció un hecho extraño: de una roca parecían surgir pequeños escalones de piedra que se perdían justo al lado de la cascada.

Unos a otros se miraron asombrados, pero, al mismo tiempo, todos supieron que ese era el camino que debían seguir. La senda de las piedras les condujo a una gran roca. Parecía que sus pasos morían allí, cuando, de repente, uno de ellos, exhausto y abatido, se fijó en un símbolo extraño que estaba grabado en la roca.



Les pareció una especie de ave, similar a una paloma. Uno de los hombres la tocó titubeante, con una mezcla de curiosidad y temor. Y la piedra, al sentir que sus intenciones eran nobles, se abrió.





B

Los soldados se miraron sorprendidos y de repente el más joven de ellos dijo:

- Compañeros, creo que deberíamos entrar y descubrir qué hay dentro de esta gran roca.

Los muchachos encendieron antorchas que estaban situadas a ambos lados del pasillo. Mientras que caminaban por este, llegaron hasta un puente estrecho, casi derruido. Entonces pasaron de uno en uno, hasta que por el peso, el puente se resquebrajó, uno de ellos tropezó y se le cayó la espada al agua. Como una aparición fantasmagórica, sobre las aguas, comenzó a reflejarse el futuro del planeta tras finalizar la guerra. Esta visión se presentó aterradora, apocalíptica, y por unos segundos los exploradores no pudieron hablar.

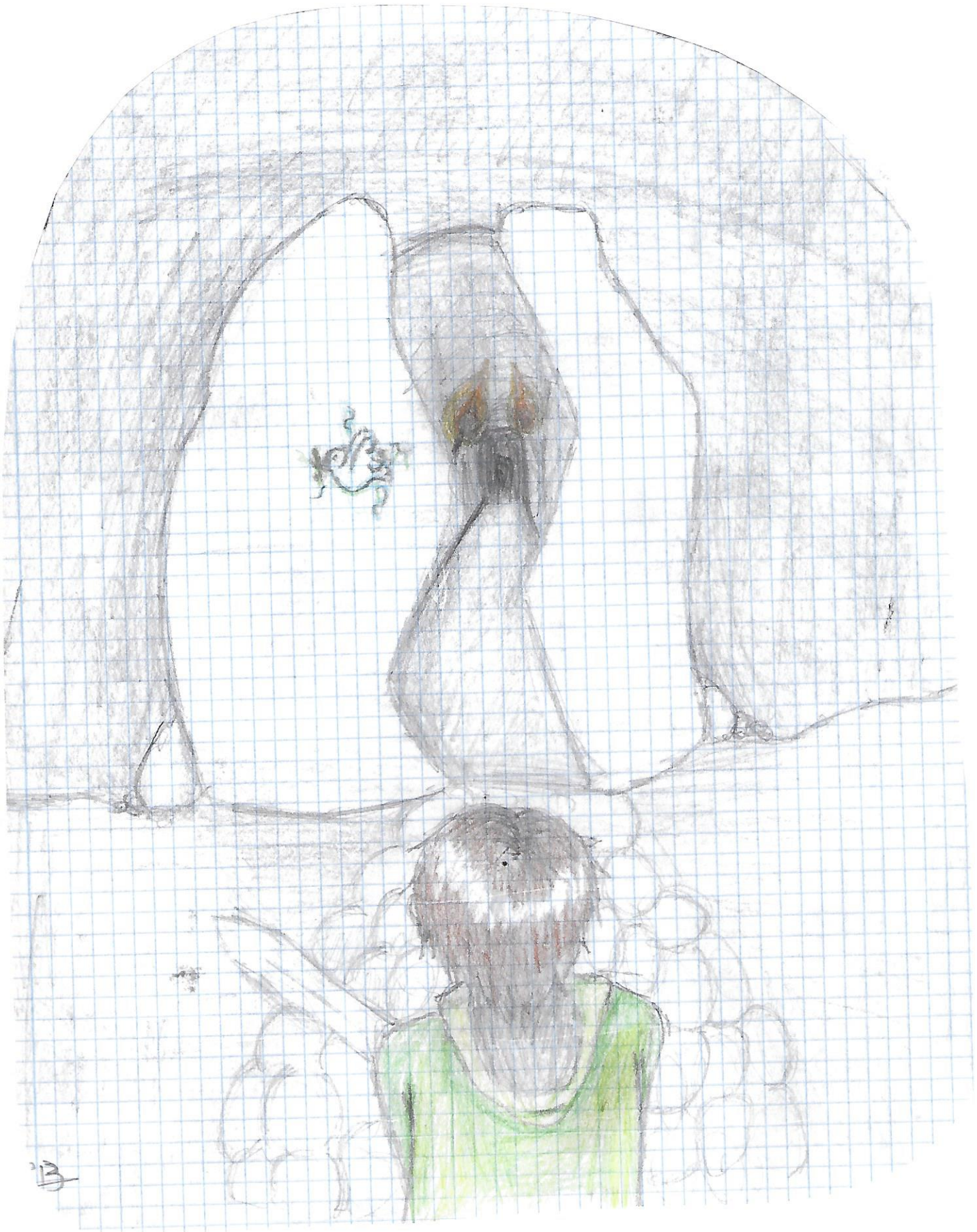
Cuando cruzaron a la otra orilla, propusieron acampar y descansar un rato, y de repente escucharon pasos continuos, susurros, lamentos, así que Jack, el joven soldado que tocó la piedra, investigó por las rutas la procedencia de los ruidos, cuando de repente descubre a un grupo de mujeres y niños que estaban escondidos muertos de frío y de miedo.

En seguida corrieron a asistirlos, dándose cuenta de que algunas sangraban. Los hombres se asustaron ante el panorama, no sabiendo bien como actuar. De repente se escuchó caer una armadura, un casco, una espada... y al mirar hacia ese sitio, descubrieron que uno de los soldados era una mujer:

- Amigos, sí, soy una mujer. En la soledad de mi hogar me di cuenta de que quería participar en la lucha por la paz, así que lo dejé todo y como a las mujeres



no se nos permite pertenecer al ejército, me  
vi obligada a fingir ser un hombre. Yo me  
encargaré de los heridos.





A partir de este momento, los soldados protegieron a este grupo de mujeres y conformaron lo que se llamo "EL EJÉRCITO DE LA PAZ".  
Tramaron un plan que consistía en guiar al ejército de los malos para tenderle una trampa.

Un jinete desconocido cabalgaba veloz hacia el campamento donde acampaban las tropas regulares para contarle al general lo siguiente:

- Mi general, ayer al amanecer vi como un grupo de soldados de los dos ejércitos dejaban el campamento como si fueran fugitivos. El general enmudeció y palideció ante la sorprendente noticia.

- Pero por todos los dioses! ¿Cómo osan mis soldados abandonar mis ejércitos? Quiero que de inmediato parte de mis huérfanos los encuentren y que me los traigan vivos.

Al atardecer, partió un grupo de soldados rumbo a este remoto lugar. Una vez llegaron, vieron huellas de caballos y personas, así que se pusieron a buscar un sitio donde pudieran estar. Por el azar, encontraron la roca donde estaba impresa la paloma, y la tocaron, pero como la piedra intuyó que no eran de noble corazón, no abrió la puerta. Así que pensando en la mejor manera de tenderles una emboscada a los buenos, decidieron acampar cerca de la cascada.

Ya bien situada la noche, noche de luna

llena, cuando los soldados estaban ebrios por el vino, vieron cómo del interior de la cascada salió un componente del Ejército de la Paz. Este soldado se disponía a buscar alimentos, bayas, frutos, conejos, cuando fue asaltado por sorpresa por los miembros del ejército regular. Al intentar escaparse, salió corriendo en dirección a la cueva, pero una vez allí...





En la cueva se reúne con sus compañeros y le enseña todo lo que ha conseguido. Con esos alimentos podrán sobrevivir durante días. Sin embargo, su alegría es efímera pues Jack de repente comienza a gritar:

- ¡Te han seguido! ¡No te has dado cuenta y los tienes detrás de ti!

De repente, se escucha a un hombre hablar, aparece entre las penumbras de la cueva. El hombre de piel morena, guapo y apuesto, lleva los atavíos del ejército regular, de repente dice:

- ¡Hijos míos! Os he estado buscando mucho tiempo."

Con lágrimas en los ojos corre hacia sus hijos que están siendo atendidos por la mujer del ejército de la paz.

Rápidamente, abraza a uno de sus hijos, muy fuerte.

El otro sangra muy abundantemente.

De repente mira a la mujer que está junto a su hijo ensangrado, le entra un cosquilleo por la barriga que nunca había sentido por otra mujer, desde que su esposa murió muy enferma.



La mujer se miró y sonrió y le dijo:

- "Él se pondrá bien, no se preocupe"

Él le dijo:

- "Muchas gracias mujer de la paz."

El hombre se va hacia Jack, jamás pensó encontrar a personas tan buenas aquí, con tan buena bondad, a pesar de la desolación y el caos que reina sobre la faz de la Tierra, saldré fuera e intentaré convencer al ejército regular de que la paz y la organicidad es el camino perfecto. Salí corriendo hacia el campamento donde estaban los soldados, rápidamente le apresaron y le llevaron hacia el general, le dio explicaciones pero él no le prestó atención, el general tomó su arma y le disparó. El soldado había muerto...





4° eso b

O eso les hizo creer a todos, porque aunque muy malherido el disparo no afectó a ningún punto vital.

El soldado tuvo la cautela de fingirse muerto para ganar tiempo y poder urdir un plan que le permitiera salir de allí con vida y avisar a sus compañeros de lo que estaba ocurriendo.

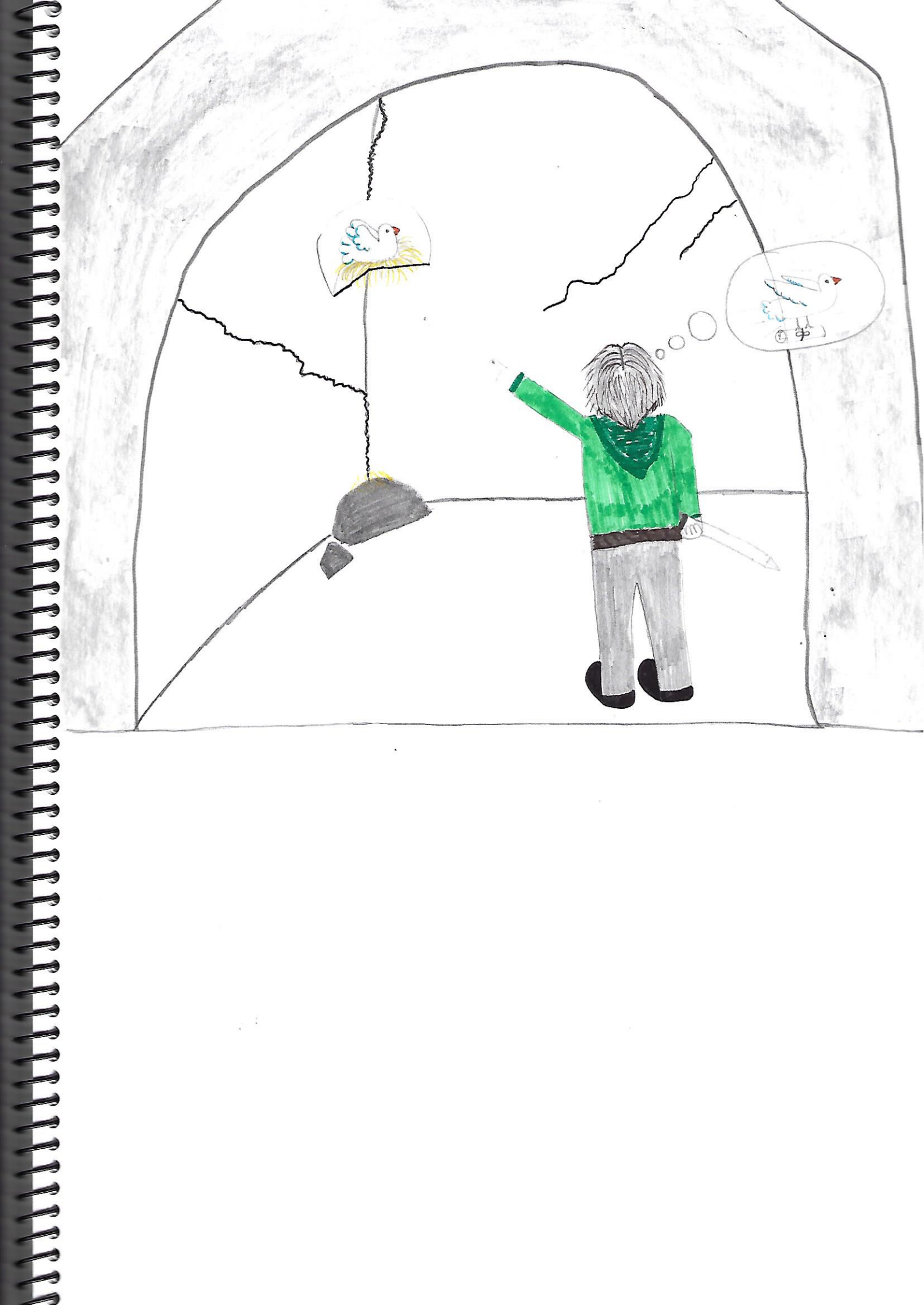
Una vez que todo estuvo en calma, se levantó sigilosamente y se dirigió a la entrada de la cueva. Volvió a tocar el símbolo de la paloma y la puerta se abrió al reconocer sus nobles intenciones. La mujer de la paz, al verlo entrar tan maltrecho impuso sus manos sobre sus heridas y estas sanaron.

Ya repuesto, pudo contar a sus compañeros lo acontecido y el peligro al que se exponían si los hombres del ejército regular lograban acceder a la cueva.

A pesar de que el riesgo de morir era alto, los hombres de la paz renunciaron a emplear cualquier forma de violencia, contra el ejército regular. Ellos entendían que la única solución para acabar con el sinsentido de esta guerra era el diálogo. ¿Pero como arriesgar la vida de uno de sus hombres?

De repente Jack fijó su mirada en uno de los vértices de la cueva; allí tiritando, por el frío y terriblemente asustada se hallaba una bonita paloma blanca. Era conocido el sistema de comunicación a través de mensajes que portaban las palomas en sus patas. A sí que Jack pensó, que un mensaje mandado a través de la paloma les permitiría la comunicación con el ejército regular sin arriesgar la vida de uno de sus hombres. Su mensaje sería el siguiente:





« EL único camino posible es la paz.  
Estamos destruyendo el mundo. NUESTRO  
MUNDO. La Madre Tierra nos ha hablado  
a través de unas visiones en el agua.  
Todo lo que conocemos está abocado a  
la destrucción. ¡Paramos la guerra,  
pongamos en marcha la PAZ! »

Con este mensaje mandaron a la paloma  
hacia el campamento del ejército Regular, y,  
con ella, todas sus esperanzas.

Al llegar allí, la paloma se posó junto a la  
tienda de Grievus, el joven capitán de la guardia,  
que recogió el mensaje y en seguida se lo entrego  
al general Wanobi.

— ¡¿Que la paz es el único camino posible?!  
¿¿Que estamos destruyendo nuestro mundo?!...  
¿ Pero estos rebeldes han perdido el juicio?  
¿ Acaso creen que repartiremos las tierras  
con nuestros enemigos? — gritó fuera de sí el  
general—. ¡Grievus, ordena que la paloma vuel-  
va con el siguiente mensaje: "HABRÁ GUERRA".  
Y usted le seguirá, no quiero saber cómo



pero encuentre a ese maldito ejército de la Paz y termine con ellos de una vez.

La paloma fue enviada de vuelta a la cueva donde se encontraban los hombres buenos. Quiérvs vio la dirección que esta tomaba y la siguió hasta llegar al puente semiderruido que días atrás habían cruzado los desertores. Al pasar al otro lado, se encontró frente a una imponente cascada y a su derecha vio una roca con un extraño símbolo: una paloma blanca. No observó durante un largo rato, tratando de comprender qué podía significar aquello. Mientras esto hacía, sus pensamientos eran interrumpidos por otros: «No puedo hacerlo. Son gente inocente y los voy a matar a sangre fría. Pero me lo ha ordenado el general... tengo que hacerlo.»

Tras esto, tanteó la roca y al pasar su mano por la paloma, la piedra se deslizó a un lado y se extendió ante él una enorme cueva. Al entrar, espada en mano, la puerta se cerró.

En las profundidades de la cueva, la mujer de la Paz y muchos de los integrantes del ejército

pacifista se hallaban congregados leyendo el mensaje que la paloma había traído de vuelta. La mujer comenzó a decir en voz alta:

- Parece que el ejército Regular no entra en razón, nos declaran la guerra.

- ¡Pero eso es justo lo que estamos intentando evitar! - dijo uno de los ancianos sabios que allí había - ¿Cómo lograremos...?

Un sonido de metal interrumpió sus palabras. Grievus salió de las sombras:

- ¡He venido a mataros en nombre del ejército Regular! - vociferó el capitán.

Todos los que allí se hallaban se arrodillaron y bajaron la cabeza.

- ¿Qué hacéis? - preguntó Grievus sorprendido - ¿Por qué no lucháis?

La mujer de la Paz se levantó y dijo:

- Solo los nobles de corazón pueden cruzar la puerta. Estoy segura de que en realidad no queréis matarnos. Esta absurda guerra nos afecta a todos; es hora de que la solución nos venga pacíficamente.



Quiévos tizo el acua y comenzo a llorar. En verdad era noble de corazón.

- He perdido a mi familia, a mis hermanos, a mi madre. ¡Todo por esta maldita guerra! - confesó Quiévos entre sollozos.

- No entiendo - dijo la mujer - pero recuerdo siempre una cosa: el odio lleva al miedo, el miedo al dolor, el dolor a la desesperación y la desesperación a la ira y la sed de venganza. No dejes que tu noble corazón caiga en el lado equivocado.

- Así lo haré - respondió Quiévos -. No te preocupes, sabré perdonar el contrario.

La mujer de la Paz se encaminó entonces hacia el centro de la gran sala y se quedó pensativa ante la mirada expectante de todos los que allí estaban.

- Creo que hay algo que debo confesaros. Algo que podría solucionar este problema... Me llamo Avelia. Este nombre, según mi madre, significa en el idioma de los Antiguos "protectora de la Humanidad". Ella me crió sola. Mi padre nos abandonó cuando yo nací para ponerse al

mando del ejército Regular. Soy la hija del general Wanobi.

Un susurro de sorpresa recorrió toda la sala. Axelia lo interrumpió con sus palabras:

— Planteo una solución. Iré a hablar con mi padre. Entendá en razón. Le contaré quien soy, nuestra causa, y esta maldita guerra parará de una vez por todas.

— ¡Pero es muy peligroso! — dijo uno de los ancianos —. No permitiremos que te arriesgues así. ¡Tú eres nuestra última esperanza!

— Si es por lograr la Paz, lo haré — repuso Axelia —. Esta misma noche partiré y tú, querido, deberías regresar con el ejército Regular, presiento que podría necesitar tu ayuda en un futuro.

Esa misma noche Axelia partió hacia el campamento del ejército Regular dispuesta a entregarse para intentar ablandar el corazón de su padre y lograr por fin la ansiada



pa2.

- Señor, hemos capturado a una mujer, se hace llamar Abelía y es del ejército de la Paz - dijo un soldado al general.

El general palideció al escuchar aquel nombre. Ordenó que la trajeran a su presencia.

- ¡General Wanobi, esta greca tiene que parar! - suplicó Abelía.

- ¿Y por qué debería hacerlo? - repuso burlándose el general.

- ¿Se acuerda de Aweba, una mujer del este de la que usted se enamoró? - preguntó emocionada Abelía.

- Sí. Pero no entiendo qué tiene que ver con esto.

- Usted la dejó embarazada y después la abandonó. Yo soy la hija de Aweba. ¡Yo soy tu hija!

Abelía se arrodilló y llorando le suplicó:

- ¡Por favor padre, tienes que detener la guerra,

el mundo no lo soportará!

- ¡No puede ser, no! - gaitó llevo de rabia el general -. ¡Encarceladlo! ¡Encarceladlo!

Así se hizo. Abelia fue encarcelada en una celda donde había otro joven. Este le contó que era hijo del general del ejército Irregular y que le habían tomado como rehén.

Pasaron varias semanas en aquella fría y desangelada celda, sin apenas alimentos ni mantas para protegerse del frío. Tan solo se tenían el uno al otro... Y así, poco a poco, los dos jóvenes fueron enamorándose.

Una noche, cuando parecía que todo estaba ya perdido, apareció en la celda el capitán Quiérvos:

- ¡Despertad! - susurró Quiérvos -. Ha llegado el momento de escapar de aquí. Esta noche hay fiesta en el campamento. Aguárdaros a que todos estén borrachos y entonces yo os ayudaré a huir de aquí.

Bien entrada la noche, con buena parte del



ejército completamente ebrio, el capitán abrió la celda y los acompañó hasta la salida del campamento. Sin embargo, apenas habían cruzado la puerta principal, el vigilante de la torre dio la voz de alarma: «¡Se escapan, los presos se escapan!»

Los tres echaron a correr pero era inútil. A mitad de camino, un enjambre de flechas recorrió el cielo. Apelia y Atlas, que así se llamaba el joven, corrían agachados de la mano y Grieros, delante de ellos guiándolos.

Todo fue en vano. Las flechas alcanzaron a los jóvenes amantes... Y allí, en mitad del campo de batalla, cayeron sus cuerpos sin vida.

Grieros echó la vista atrás y paró un momento, pero al vez que los guardias recargaban sus arcos, se perdió en el bosque y corrió como pudo a cobijarse en la cueva.

El general Wauobi se hallaba sentado en su silla de mando cuando una pareja de guardias se presentó ante él.

— Señor, hemos de comunicarle una triste noticia. Su hija y el joven Atlas han sido abatidos esta madrugada cuando intentaban huir.

Wauobi se giró. Su rostro se ensombreció y un helado escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pero se dio la vuelta y ordenó:

— ¡Enterradlos justo donde han sido abatidos! ¡No os molestéis en mover sus cuerpos; ellos se lo han buscado!

Al salir de la sala los guardias, una lágrima recorrió la mejilla del general...

Mientras, el capitán Grievos, a salvo en la cueva, les cuenta toda la historia de Arlic y el joven Atlas, y la triste noticia de su muerte al intentar huir del campamento. Una enorme tristeza se apoderó de los corazones.



ues de todos los allí presentes. Y en medio de sollozos y lamentos, uno de los ancianos del consejo de sabios se levantó y dijo:

— Arelia ha dado su vida por la Paz, ahora nos toca a nosotros. Ha llegado el momento de ir al campo de batalla, pero no lo haremos como ellos esperan. Nuestras armas serán nuestras palabras, solo de esta manera podremos conseguir la paz.

Y así, armados con el instrumento más poderoso que posee el ser humano, la palabra, los valientes defensores de la Paz se pusieron en camino.

Cuando el general Wanobi fue avisado de que el ejército de la Paz se dirigía al campo de batalla, se dirigió a un mensajero y le dijo lo siguiente:

— Cabalga hasta el campamento del ejército Irregular y dile al general que su hijo ha

sido asesinado y que le propuso una tregua para luchar juntos contra esos desertores.

El mensajero partió hacia su destino. Varias horas después se presentó exhausto ante el general con la noticia de que había tregua para luchar juntos.

Y así, unidos por la sed de venganza, los dos ejércitos se posicionaron frente al temido pero valiente ejército de la Paz.

- ¡Mi señor, no tienen armas! - gritó uno de los capitanes. - ¡Tan solo llevan una bandera blanca!

- ¡Serán cobardes! Veamos qué quieren y luego acabaremos con ellos - exclamó el general.

Todos se acercaron al centro, a ambos lados de un lugar donde la tierra formaba un pequeño montículo pues allí habían enterrado a Abelia y Atlas.



-¿Qué queréis? - les gritó Wanobi.

Uno de los ancianos se adelantó:

-Esta situación es insostenible. Esta absurda guerra nos llevará a la destrucción. El mundo no aguanta más, ¡hay que parar esto!

-¡Eso no es posible! - volvió a gritar Wanobi -. ¡No entendéis nada!

-¡No entendemos todo! Hemos tenido una visión en la que el planeta era destruido a causa de la guerra. ¿No entendéis?

-¡Sois unos insensatos! ¿Pretendéis que vos creamos tal cosa? - gritó el general.

El capitán Grievus se adelantó y comen-

zó a hablar:

-Decidme, ¿cuántos de vosotros habéis perdido a vuestras familias? ¿Cuántos? ¿Cuántos por esta maldita guerra habéis perdido a padres, madres, hermanos, hijos? Yo mismo he perdido a toda mi familia

y a dos buenos amigos, Abelia y Atlas, vuestros hijos.

- ¡Atacad! - dijeron ambos generales.  
¡Atacad!

Pero nada sucedió. De repente se empezó a escuchar el tintineo de las espadas al caer al suelo. Ambos generales miraron aducitos a sus ejércitos. Habían tizado las armas y ninguno de los soldados estaba dispuesto a luchar.

Impotentes ante aquella situación, los generales se derumbaron ante la tumba de sus hijos y comenzaron a llorar.

- No se puede volver atrás - dijo uno de los ancianos -. No dejen que la muerte de sus hijos sea en vano. Ellos estarían muy orgullosos de que sus padres terminaran definitivamente con esta absurda guerra. Nosotros os tendemos nuestra mano en señal de Paz.



Y así fue. Se firmó un acuerdo en el que todos se repartían las tierras equitativamente y prometían no volver a entrar en guerra nunca más.

Cuenta la leyenda que en aquel lugar donde los jóvenes amantes fueron enterrados, creció un hermoso olivo. Desde entonces, este árbol es venerado, junto con la paloma, como símbolos de la Paz y la Esperanza.

Fin